

# LA NOVELA FILM

N.º 144

30 cts.



LA HORDA MALDITA

POR

JACK HOLT, LOIS WILSON, NOAH BEERY, RAYMOND HATTON

# LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción                      } Cortes, n.º 651  
Administración                } BARCELONA

Año IV

N.º 144

## La Horda maldita

Drama del Oeste, interpretado por  
el popular artista **Jack Holt**, se-  
cundado por la simpática ingenua  
**Lois Wilson** y los prestigiosos  
actores **Noah Beery, Raymond**  
: : : : **Hatton, etc.** : : : :

Es una película **PARAMOUNT**

DISTRIBUIDA POR

**SELECCINE, S. A.**

Con esta novela se regala la postal de  
**JULIA FAYE**

# MUJER ALAVOY AL

ESTRATEGIA DE LA GUERRA  
CON EL INDIANO  
EN LOS ESTADOS UNIDOS

PROBLEMA NACIONAL

---

Prohibida la reproducción.

---

Revisado  
por la censura gubernativa.

---

## La horda maldita

---

Argumento de la película

El occidente norteamericano ofrecía por el año 1876 un carácter muy distinto al de nuestro siglo. Todo él, con excepción de algunas pequeñas colonias, era una vasta llanura, descuidada por completo de la mano del hombre y habitada únicamente desde tiempos remotos por aquellos tan célebres indios que manejaban con destreza sin igual el tomawak y fueron siempre excelentes domadores de potros salvajes. Los indómitos pieles rojas, nómadas de algunas tribus primitivas campaban en la llanura; cerca del lugar donde seguía su curso un riachuelo; allí podían divisarse las tiendas de campaña de una tribu formada por los hombres de piel de color con la cabeza adornada de plumas y allí podían verse sus ca-

ballos, los ligeros caballos que eran su orgullo y su mejor amigo.

Al comenzar nuestra historia tres indios comanches, cuyo jefe era el prestigioso "Caballo Negro", montando ligeros corceles tomaban distintas direcciones para convocar a una reunión a los Osages, los Araphoies y los Aztecas.

El motivo de la llamada era grave. Los indios habían hasta entonces vivido tranquilamente, respetadas sus tribus, respetados sus pastos y respetado todo cuanto fuese para ellos de un vital interés. Pero hoy, los hombres de rostro pálido ya no guardaban tantos miramientos; habían encontrado un sistema de hacer negocios con las pieles de búfalo y exterminaban sin compasión esta raza de animales, hasta que la harían desaparecer totalmente. Y era preciso tomar una determinación, para salvaguardarse con tiempo de este mal que les amenazaba.

En el occidente norteamericano veíanse continuamente manadas enormes, rebaños fabulosos de búfalos que fueron siempre el sostén de los pieles rojas. En la caza del búfalo era donde los hombres de aquella raza indómita demostraban sus excelentes cualidades de jinete, su valor y su decisión.

Pero ellos fueron siempre comedidos a la caza de este animal, limitándose solamente a los que fueron indispensables para la manutención y abrigo de las respectivas tribus.

Cuando los jefes de las cuatro tribus estuvieron reunidos, "Caballo Negro", invocando en primer lugar la protección de Vichmí para los hombres de color, se expresó por medio del lenguaje mímico. Los jefes de las otras tribus comprendieron perfectamente.

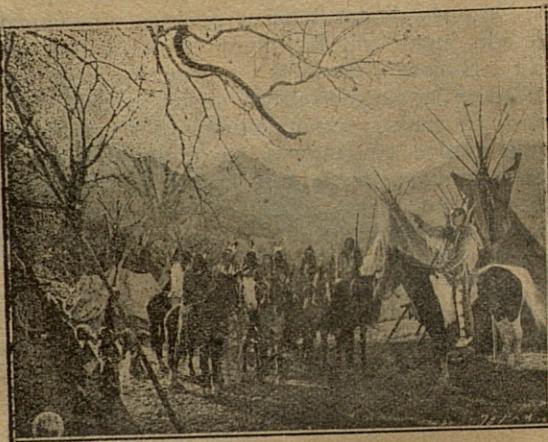
Después de las tenaces guerras que habían tenido lugar con los hombres del rostro pálido, habiése llegado a un acuerdo, para restablecer la paz definitiva, según el cual éstos podrían cruzar tranquilamente el territorio de uno a otro confín, sin ser molestados en lo más mínimo. Pero con la condición precisa de que los pieles rojas serían asimismo respetados en todo cuanto afectase su vida o su propiedad.

—Hoy los búfalos pertenecen a la pradera, es verdad, pero son el único sostén de los pieles rojas y los rostros pápidos con sus ideas de lucro hacen una guerra cruel, de exterminio a estos animales — dijo Caballo Negro. Y auguró—: Día llegará en que nuestras mujeres y nuestros viejos verán asomar la luna sin haber probado comida.

Dos de los jefes asistentes a esta reunión empezaron a hacer movimientos grotescos y saltos inverosímiles, en demostración de que querían la guerra.

El jefe de lo Aztecas, valiente, pero reposado, les detuvo con la mirada y con muy poco esfuerzo les convenció de que el momento era inoportuno, pues los blancos tenían ar-

mas de fuego que manejaban diestramente, tanto como ellos el tomawak. Pero además no consideraba de momento que representara para los indios ningún peligro el que los blancos cazaran búfalos, pues había tantos como



*Cuando los jefes de las cuatro tribus estuvieron reunidos...*

hierbas en el prado, tantos como estrellas en el cielo... y no podían terminar con ellos.

Se convino, pues, por esta vez no alzarse contra los blancos, pero estar todos ellos ojo avizor, y procurarse armas de fuego, para lo que pudiera ocurrir en lo sucesivo.

Fumaron el clásico calumet de la paz.

Nuevos ruegos a Vichmi, el dios supremo, infinito, en los que tomó parte toda la tribu de los comanches. Y luego, en comitiva salieron a despedir a los jefes vecinos hasta "Paso cerrado", lugar de gran valor estratégico para los comanches.



A centenares de millas de distancia de la civilización, en los límites de los territorios indios, se encontraba una solitaria factoría o puesto comercial, que por aquellos días empezó a despertar súbitamente a una nueva vida de febricitante actividad: era la factoría de Sprague.

Allí habíanse reunido los más audaces aventureros y los hombres más ambiciosos, y fácil es colegir que entre unos y otros formaban una amalgama de gentes en la cual estaban comprendidos todos los caracteres, todas las virtudes y todos los vicios.

Acudían a Sprague al rumor del amarillo metal. Y si bien a unos les inducía el sagrado amor al trabajo como medio para adquirirlo, otros iban con la insana intención de

hacerlo llegar a sus bolsillos por cualquier procedimiento, pues no iban a reparar en medios.

—Las pepitas de oro son escasas, pero los búfalos abundan.

Quien hacía tal categórica afirmación era un joven alto, robusto, siempre sonriente. Se había agregado a la caravana de Clark Hudnall, un próspero granjero del Illinois, quien vendió por cualquier precio su granja para ir a buscar una fortuna problemática en las anchas llanuras del Oeste.

Hacía unos días, y en ocasión de vadear un río con las pesadas carrozas, una de éstas quedó atascada y era vano empeño el sacarla del río; precisamente iban en ella las mujeres y se deshacían en lamentos.

—¡Corre, Clark, sácanos de aquí, que vamos a ahogarnos!

Clark Hudnall no veía tanto peligro para las mujeres, pero sí para el vehículo. Y azotaba sin compasión a las caballerías, que no conseguían arrancar la carreta de su estancamiento ni con el supremo esfuerzo.

De pronto oyeron claro y vibrante el sonido de los cascos de un caballo. Un brioso corcel negro acercábase con un trote acompasado, rítmico. Sin vacilar el noble bruto saltó al agua y cruzó el río en pocos momentos.

El jinete al ver el apuro de Hudnall ofrecióle su ayuda; enganchó su caballo al fren-

te de los demás y pudieron entonces desatar la carreta.

Tom Doan, que era el joven de referencia, era hijo de un agricultor de Kentucky, sano de cuerpo y alma y con un espíritu algo inquieto y llena de ambiciones la cabeza.

—He oido — dijo — el clamor de aventuras que ocurren en el Oeste, las noticias de extraordinarias fortunas hechas en unos cuantos meses, y allá voy, acompañado de mi caballo, mi revólver... y mi suerte.

—Joven, nos simpatiza su desprendido carácter, y si no quiere marchar tan solo, puede agregarse a nosotros.

Estas fueron las palabras de Clark Hudnall, contestando a la sinceridad de Tom, y desde aquel día la caravana contó con un individuo más.

No muy lejos de éstos seguía otra caravana, formada por tres carrozas. Las gentes que la componían, todos de mala reputación, eran cuatro hombres y dos mujeres.

Randall Jett y su mujer, ambos de pésimos antecedentes, habían también abandonado su hacienda y contratado tres sujetos de mala casta para hacerles proposiciones ventajosas, partiendo todos hacia el Oeste decididos a traer oro, a todo trance, aunque fuera preciso usar la pólvora y el acero.

Acompañábales Milly, la hijastra de Randall Jett, hermosísima joven, poseedora de todas las virtudes y de unos ojos que eran el

encanto y la seducción de cuantos hombres los veían.

Milly era hija de la última mujer que tuvo Jett, la cual al contraer por segunda vez matrimonio con éste aportó al mismo unos campos y su hija. Murió cuando Milly tenía ya dieciocho años. Jett tuvo poco escrúpulo y volvióse a casar con la mujer que ahora le acompañaba, erigiéndose a sí mismo en tutor de la joven.

Pero ahora sentía unos punzantes deseos de lujuria cada vez que veía a Milly, los cuales mal contenidos habían despertado los celos de su mujer.

Por otra parte los otros tres hombres de la banda de Jett sentíanse asimismo poseídos de amor insano hacia la joven y en los días largos de las penosas marchas, todos meditaban el medio de que se valdrían para llevarse las primicias de aquella flor. Y todos vigilaban los pasos y las miradas del otro... Y en esto estribaba precisamente la mayor seguridad de Milly, pues que si alguno, cualquiera, hubiera intentado faltarla los revólveres de los otros se hubieran vuelto presto contra él.

Una mañana, al regresar Milly de buscar agua, vió acercarse un caballo sin jinete. Era negro y hermoso; y no pudo resistir la tentación de acariciarlo. La voz varonil de Tom Doan que salía de tras unos árboles del bosque, la dirigió unas frases de admiración y cortesía.

Milly escuchó al galante caballista, con la vista baja y acariciando al caballo.

—No hay duda que es un caballo muy bonito — dice Milly por decir algo.

—Y usted es... No me atrevo a decírselo, pero sí le diré que jamás se borrará de mi memoria la impresión que me produjo usted hablándole a "Dandy".

Tom hablaba con sinceridad. Habíale impresionado vivamente, primero ver unos brazos femeninos acariciando a su corcel, y después la hermosura de la joven, sus grandes y rasgados ojos, y sus labios como la flor del granado.

Iba a decirla más cosas, todas agradables, cuando se presentó Randall Jett, con los ojos centelleantes por la ira y los celos, quien habló así a Milly:

—Nadie te ha dicho que te dediques a robar potros. Y además ya sabes te tengo prohibido que hables con desconocidos.

La muchacha cogió nuevamente el cántaro y se fué, no sin antes dirigir una mirada lánguida, de dolor infinito, al amable desconocido.

Tom quiso decir algo para justificarse ante Randall, pero vió con asombro que éste tenía la mano apoyada sobre la culata del revólver, y le miró rencorosamente y le volvió la espalda, alejándose luego con el presentimiento de que Milly no era feliz al lado de aquel individuo que él supuso sería su padre.

A los pocos días, innumerables caravanas

habíanse reunido en los alrededores de Sprague.

En un cafetín hallábanse algunos exploradores, los cuales escuchaban con marcado interés lo que acerca de la riqueza de aquellas tierras les contaba el intrépido Tom Doan.

Para el día siguiente concertóse la primera salida entre la familia Hudnall, Tom Doan y Jude Pilchuck, el más famoso cazador de búfalos.

En un departamento de este cafetín, que tenía entrada independiente por la calle, hallábase la Jefatura de policía, cuyo mando se había atribuído un individuo de pésimos antecedentes, sin que nadie en la localidad osara protestar, precisamente por la fama de que venía precedido. Estaba aquél tomando una cerveza cuando su ayudante se le acercó y le dijo:

—¿No se queja usted constantemente de la carestía de mujeres? Pues en el despacho hay una que quiere hablar con usted, y que vale por todas las del país de la Unión.

El jefe sonrió satisfecho y fué al despacho, donde se requería su auxilio.

En él se hallaba Milly, quien ya sin fuerzas para continuar la vida azarosa al lado de aquellos hombres, recurría al jefe de policía para saber hasta qué punto Randall Jett tenía autoridad sobre ella.

El supuesto jefe le dió unas ligeras expli-

caciones de lo poco que él sabía y luego le ofreció su protección.

—Usted no debe temer nada. Apártese de su tutor y quédese aquí conmigo. Nada le faltará y todo el mundo la respetará.

La joven levantóse. No esperaba semejante salida. Se despidió de su galante protector, pero éste rápidamente se puso a su lado, y la sujetó entre sus nervudos brazos. Milly gritó demandando auxilio, pero los de la factoría, aunque oyeron distintamente estas voces, hicieron caso omiso de ellas, pues ya estaban acostumbrados a escenas parecidas.

Sólo Tom levantóse y fuése derecho al despacho del Jefe de Policía de donde salían las exclamaciones, y al ver que era nada menos que Milly la que se hallaba en peligro, entró cual un ciclón, la abrazó en señal de protección, y empezó una lucha encarnizada con el jefe.

Milly, entretanto salió a la calle, dando gracias de corazón al valeroso joven que había sabido arrancarla de aquel peligro.

Los puñetazos se sucedían sin interrupción. Los dos hombres rodaron por el suelo y el rumor de la lucha llegó hasta el cafetín, poniendo en conmoción a todos. Los secuaces del jefe sacaron sus revólveres para dar fin a aquel combate, en el cual el pseudo policía llevaba todas las trazas de perder.

Tom Doan vió el peligro que corría; cogió el quinqué — cuya luz alumbraba aquel an-

tro — y lo lanzó sobre sus contrincantes.

Todo quedó a oscuras. Tan sólo vióse un resplandor, una llamita, que iba en aumento,



*...la abrazó en señal de protección...*

y propagándose a las paredes de madera se convirtió el incendio.

En medio de la confusión que se produjo entonces pudo salir Tom y salvarse de un peligro cierto.

Cuando Milly llegó donde los carros de Jett habían emplazado el campamento, los resplandores del incendio que había en la factoría, llegaban hasta allí.

Randall Jett, que por lo visto tenía motivos más que sobrados para que su presencia pasara desapercibida, comprendió que un incendio en aquellas circunstancias era precursor de un registro a los alrededores, para descubrir al culpable; sabía que en esto él nada tenía que ver, pero quería que su presencia fuera ignorada a toda costa, seguramente por otros actos nada laudables de su vida, y también por haber visto al cazador de búfalos Pilchuck, que conocía su pasado; y, autoritario, ordenó:

—Vamos a levantar el vuelo, inmediatamente. El aire de los lugares poblados no probaría a nuestra salud.

—Jett, desde aquí, podríamos trazar mejor nuestros planes — repuso el bandolero de más tétrica mirada que le acompañaba.

—El que ose inmiscuirse en mis asuntos, tendrá que habérselas con éste — respondió Randall empuñando su revólver.

Al poco rato y alumbrada tan sólo por la luz de la luna, la caravana emprendía su marcha hacia el interior, en cumplimiento de lo dispuesto por el jefe.

También marchó a la mañana siguiente, al despuntar la aurora, la caravana de Hudnall, guiada por el famosísimo Jude Pilchuck, con

objeto de traer tantas pieles de búfalo como cupieran en sus amplios carros.

El negocio de las pieles de búfalo empezaba a ser de los más productivos. En Sprague había unos cuantos especuladores que pagaban por ellas precios que parecían exorbitantes. Ello fué motivo para que aquellos hombres de reconocido valor que habíanse dirigido al misterioso "El Dorado" atraídos por las fantasías de los montones de oro que allí se encontraban, hubieran hallado un medio rápido y cómodo de agenciar ese metal, matando búfalos.

En la caravana que saliera aquella mañana formada por los Hudnall, no figuraba Tom Doan. La noche anterior les previno que primero quería verse con Milly y luego él con su veloz corcel ya les alcanzaría.

Por esto recibió una gran decepción cuando muy entrada la mañana se dirigió al campamento de Jett y halló tan sólo las señales de una marcha precipitada. No le cupo ningún género de duda de que se habían internado aún más en aquel territorio, y con la confianza ciega del que espera espoleó a "Dandy" para que le llevara al lado de los Hudnall. pues al deseo que tenía Tom de llegar a las llanuras donde pacían los grandes rebaños de búfalos, se añadía el pensamiento de que se iba acercando a la joven que un día feliz conoció, para desaparecer de su vida tan misteriosamente como había aparecido.

Cuando las sombras de la noche cernían su manto sobre la tierra, Tom Doan divisó la caravana de Hudnall, siendo recibido con verdaderas muestras de alegría.

A poco hallaron todos en su camino unos carreros que regresaban a Sprague con las ca-



*...informándole de que por aquellos alrededores había muchos búfalos.*

rretas llenas de pieles hasta los topes, y Tom fué a hablarles, informándole aquéllos de que por aquellos alrededores había muchos búfalos.

Pilchuck, que conocía el territorio, aconse-

jó a sus amigos que le siguieran, sin detenerse a matar el escaso rebaño que divisaron, y les dijo:

—Estos cincuenta búfalos no valen la pena. Adelante. Antes de cuatro días yo os llevaré a un lugar donde los fusiles van a cansarse de disparar y hacer blanco.

\*\*

Los grandes rebaños de búfalos, empujados por la horda de cazadores blancos, huían hacia el occidente. La caza de este animal era un espectáculo digno de ser tomado por el objetivo. Vistos a distancia, los rebaños parecían horribles monstruos de color oscuro que iba adoptando cada momento formas nuevas; ora alargándose, ora ensanchándose, pero siempre corriendo, corriendo, con movimientos flexibles, cual un reptil de miles y miles de vértebras.

Tan pronto los cazadores dabanle alcance el rebaño se diseminaba, volviendo a reunirse a los pocos minutos.

Y formaba una masa tan compacta y tan extensa que lo que había dicho Pilchuck no era ninguna exageración. Allí el menos ex-

perto podía disparar con la seguridad de herir.

Habían llegado nuestras caravanas al lugar donde podían hacer su agosto.

Aquel día los Hudnall se aprovecharon y dieron gusto a los fusiles. De la mañana a la noche persiguieron sañudamente uno de aquellos inmensos rebaños y derribaron por centenas las cabezas de ganado. Los dos días siguientes con un procedimiento rápido, los dedicaron para arrancarles la piel, dejando la llanura sembrada de búfalos.

—A tres dólares pieza, no está mal el negocio que hemos hecho en un día — comentó Hudnall.

—Pues en los sucesivos aun aumentaremos la cantidad — arguyó Tom.

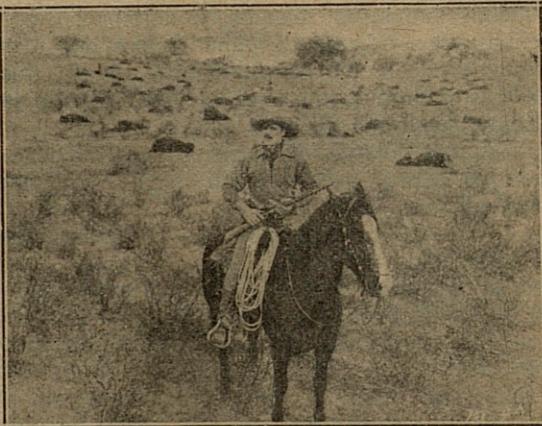
Cuando salió el nuevo día, un carro lleno de pieles de búfalo, perteneciente a la caravana de Hudnall, salió con dirección a Sprague, para venderlas.

No muy lejos de allí merodeaban Jett y los suyos, y al ver que un carro lleno de pieles y guiado por un solo hombre iba por aquellas alturas, decidieron apoderarse de él. Poco tardaron en darle alcance, con sus caballos ligeros y descargados.

Pero el carrero al verse perseguido lanzó sus caballos a galope tendido; un balazo le hirió de muerte; y los caballos que continuaban con su galope desenfrenado, al no tener dirección se precipitaron por un precipicio, al

fondo del cual se deslizaban tranquilas las aguas de un riachuelo.

Caballista empedernido, Tom Doan fué a dar gusto y solaz a su "Dandy", llevándole después a beber. Remontando la corriente tro-



*...y derribaron por centenares las cabezas de ganado.*

pezó con el espectáculo del carro despeñado, y destrozado no creyendo fuera el que hacía poco había salido de su campamento. Un poco más arriba tuvo un encuentro más agradable y que le hizo olvidar lo emocionante del anterior.

Milly, la lindísima Milly, se hallaba a una orilla del río, lavando ropa.

—¡Qué feliz encuentro! ¡No dudaba, estaba seguro de que la encontraría a usted! — exclamó Tom.



*Los días siguientes los dedicaron para arrancarles la piel...*

Los ojos de ella expresaron toda la alegría, toda la felicidad que sentía al ver nuevamente a su salvador.

El desmontó. Púsose junto a la gentil doncella para cantarle la dulce melodía de su amor.

Cuando los dos se hallaban embriagados por la pasión, él la propuso:

—Milly, ¿por qué no deja usted a ese fiero de Jett y se viene con nosotros?

Ella se ruborizó. No sabía siquiera quien pudiera ser aquel amable desconocido.

—Usted puede acompañarme sin recelo. Podrá hacer vida común con los Hudnall que son una familia muy honorable, y cuando terminemos la caza del búfalo, la llevaré a Kentucky a casa de mis padres, junto con los que formaremos nuestro hogar.

—Todo lo que usted me dice es muy hermoso, Tom, pero no puede ser—arguyó Milly.

—¿Hay algún inconveniente? — preguntó él inquieto.

—Sí; uno muy grande: Jett, que es capaz de todo antes que dejarme marchar.

Cual si acudiera al conjuro de su nombre, Jett se presentó acompañado de dos de sus secuaces. Iban en busca del botín del carro despeñado.

Pistola en mano obligaron a Tom a levantar las manos. Le desarmaron y le hicieron montar su caballo. A continuación atáronle fuertemente las manos a la silla y de un fuerte surriagazo hicieron que el caballo emprendiera veloz carrera.

Jett, con su mayor sangre fría, mientras veía alejarse el caballo, dijo:

—Hermosa pistola la del galán. Voy a probarla.

Disparó y se vió el cuerpo de Tom caer inerte, mas como iba atado a la silla el caballo se lo llevó arrastrando.

Afortunadamente para Tom, el noble bruto que le llevaba arrastrando era su propio "Dandy", y éste, aminorando la marcha veloz con que partiera al verse fustigado, se dirigió al campamento de los Hudnall, quienes recogieron el inanimado cuerpo de Tom, prodigándose los cuidados que su estado y su herida reclamaban...

Transcurrieron varias semanas antes el infortunado Tom no estuvo en disposición de actuar como le necesitaban sus camaradas. Hoy, empero, merced a los cuidados y atenciones recibidas por los generosos Hudnall hallábase otra vez en condiciones.

Las primeras nieves del invierno comenzaron a extender su blanco sudario sobre la pradera. En el campamento de Hudnall llegaron rumores, fundados, de que los indios se aprestaban a arrojar de su territorio a los exterminadores del búfalo.

Por otra parte hacía unos días que de este animal se había perdido por completo el rastro, y Hudnall se aventuró a buscarlo, donde quiera que se hallase.

Acompañado de su hijo salió a dar una vuelta de exploración. Mientras ellos se alejaron del campamento, llegó hasta allí un jinete, enviado por un grupo de caravanas que se habían reunido en un lugar llamado Roca

Negra, dando la voz de alarma de que los indios habíanse levantado en armas y todos los cazadores juntos, reunidos en Roca Negra, podían ofrecer una resistencia que de ningún modo podrían ofrecer aislados.

El jinete salió después de dar estas noticias, en busca de nuevos campamentos a los que prevenir del peligro que corrían.

No eran vanos los temores. El primero en sufrir las consecuencias del levantamiento fué Hudnall padre, quien se adelantó hasta un montículo cercano, y cuando su corazón ya rebosaba alegría por haber divisado uno de aquellos enormes rebaños de búfalos, vió que por otro lado se le venían encima una gran cantidad de indios entonando su canto guerrero.

Intentó huir, pero ya estaba rodeado y cuando quiso hacerles frente fué muerto por un certero balazo.

Hudnall hijo, que se dió cuenta de lo que ocurría a su padre, e impotente para salvarle, fué a avisar al campamento para salvar cuando menos la vida de su madre y de su hermana. Cuando llegó a él todos estaban ya en disposición de marcha, y sin tiempo ni para lamentarse de la muerte del ser querido, emprendieron una huída, tan rápida y veloz como permitía a los caballos la pesadez de los carros y su carga.

Tampoco quiso Tom acompañarles esta vez. Antes de partir les había dicho:

—Quiero encontrar a Milly, que estoy seguro corre gran peligro. Ustedes procuren llegar pronto a Roca Negra, que allí nos encontraremos.

Y salió en dirección adonde sabía se hallaba emplazado el campamento de Jett.

\*\*

En los campamentos de los indios el descontento cundía cada vez con mayor fuerza. No comprendían como sus jefes podían ver sin irritarse, el espectáculo que ofrecía toda la llanura, se dirigiese en cualquier dirección la mirada. Millares y millares de búfalos sin piel cubrían la tierra.

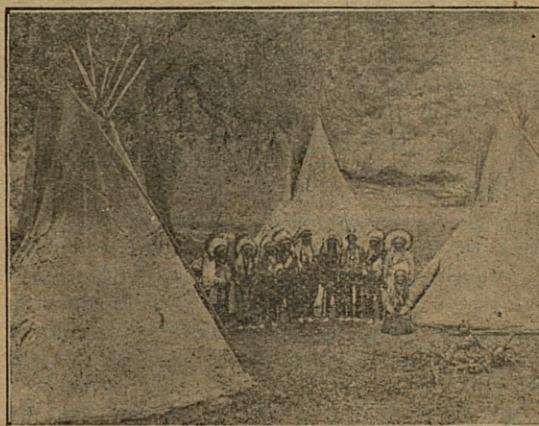
Los cuervos hacían su festín, que era sin duda alguna el precursor de la carestía que pronto se dejaría sentir en las tribus de los alrededores.

“Caballo Negro” se decidió por fin a convocar a los jefes vecinos. Y repitióse la ceremonia que unos meses antes habíase celebrado en la tribu de los comanches.

Ahora no hubieron gestos apaciguadores. Todos los ojos brillaban con odio y con renor. Se imponía un castigo ejemplar que les

librara de la plaga de los rostros pálidos, y que les dejara en situación de seguir viviendo como hasta entonces.

Y cada tribu por la parte de territorio donde se hallaba instalada, lanzóse al combate



*"Caballo Negro"* se decidió por fin a convocar a los jefes vecinos.

con todos los hombres de que disponía aptos para la guerra.

Ya hemos visto como Hudnall fué la primera víctima de la decisión de los pieles rojas.

Los comanches, considerando esto como un presagio de victoria, continuaron su carrera

en busca de campamentos "blancos" a los que asaltar.

Entretanto en el de Randall Jett ocurrieron cosas poco agradables. Hacía unos días que sus secuaces le pidieron cuenta de lo que les pertenecía, pues querían regresar a Sprague.

Jett les contestó que lo que les correspondía podían contarlo ellos mismos.

—Pronto lo calcularéis; a tres dólares semanales y la manutención, ¿cuánto os debo?

—Quedamos en que partiríamos el botín — dijo Pruitt, el más decidido.

—El que quiera partir, que venga primero a habérselas conmigo — contestó Jett, imponentoso.

Los bandidos se mordieron los labios. Conocían sobradamente la maestría con que el jefe manejaba todas las armas, y no dudaban del resultado de una lucha igual.

Cuando éstos, murmurando maldiciones, se fueron, la mujer de Jett púsose a espiarlos y sorprendió palabras sueltas que revelaban un gran despecho y un firme propósito de venganza.

Y aquella noche, precisamente aquella noche, los dos bandidos fueron asesinados mientras dormían.

A la mañana siguiente, cuando Randall Jett se levantó fuése en busca de Milly. Estaba decidido a no dejar pasar un día más sin que sus pretensiones se convirtieran en realidad.

Pero su mujer, terriblemente celosa, le contuvo y le enseñó un puñal ensangrentado.

—Randall Jett, por ti acabo de matar a tus dos enemigos. Si excitas mis celos, te juro que habrá más sangre — amenazó la criminal al esposo.

Esto contuvo al jefe de la horda maldita, al hombre feroz que ante los hombres se sentía fiera y que en cambio ante aquella pérflida mujer sentíase débil cual un corderito.

El tercero de los bandidos llamado Follansbee, al darse cuenta del fin de sus compañeros, comprendió que era preciso jugarse el todo por el todo, si no quería ser asimismo víctima de las asechanzas del matrimonio. Y mientras los dos esposos reñían, presentóse él a pedirles cuenta de la vida de sus compañeros.

Lo que entonces ocurrió fué algo que la pluma se resiste a contarla... Jett y su esposa perecieron.

Y cuando Follansbee vióse solo y en posesión del tesoro y de Milly, a la que quiso siempre mejor que los demás bribones, lanzó gritos salvajes de júbilo.

Pero ¡oh, horror! que estos gritos fueron coreados por las exclamaciones victoriosas de los indios enardecidos que llegaban a todo tren.

Follansbee era un bandido, pero ¿quién sabe las circunstancias que le llevaron a aquella vida? Tuvo un rasgo digno, que por sí solo le redimía de pasadas culpas.

Preparó en un momento una carreta, la más ligera, hizo montar a Milly, y le dijo:

—Parte que yo quedare aquí para hacer frente a estos salvajes mientras tú te pones a salvo.

Así lo hicieron. Milly partió azotando los caballos sin compasión, y entretanto, Follansbee, preparado con varios rifles hacia disparos en todas direcciones para atraer sobre sí la furia de los pieles rojas.

Estos de momento se dejaron engañar, pero una vez herido Follansbee, y cuando se convencieron de que aquel campamento estaba defendido por un solo hombre, y de que lo que podía ser para ellos un botín, se les escapaba, lanzáronse en persecución de Milly.

A buen seguro hubiéranla dado alcance a no ser, cuando les separaban de ella unos centenares de metros, que un rebaño de búfalos, en su loco correr, se interpusiera entre perseguidores y perseguida, debiendo dejar aquéllos a Milly para buscar nuevas caravanas a las que destrozar.

En la fantástica carrera por aquellas tierras, los saltos inverosímiles y los porrazos acabaron por destrozar la carreta, quedando partida en dos pedazos. Milly iba ahora montada sobre el eje de las dos ruedas delanteras, manteniendo un equilibrio difícil.

Cruzóse con un jinete que al verla lanzó una exclamación de júbilo. Era Tom Doan, que, como sabemos, salió en su busca, pero

a todos los exploradores del levantamiento de los pieles rojas.

Traía noticias frescas.

—Si escuchan con atención podrán oír los disparos de una caravana que ha sido sorprendida por los indios, antes de que pudiera llegar aquí.

Tom presintió que eran los Hudnall.

Y decidido habló en términos vigorosos, para que salieran a prestarles la ayuda que merecían.

—A cualquiera de nosotros podía haberle sucedido lo mismo, y ¿cuál sería que no estaría deseando con todas sus fuerzas la llegada de fuerzas de auxilio?

Les propuso que todos montaran sobre los carros y carretas disponibles, y que tomando distintas direcciones cayeran en un momento dado sobre los indios sitiadores de los Hudnall, y así librando a éstos, quién sabe si también se librarían ellos mismos de los peligros de un asedio.

Eran efectivamente los Hudnall los que se vieron rodeados de enemigos, cuando les faltaba poco para llegar a Roca Negra, Colocaron, asimismo sus carros en disposición de defensa y allí se dispusieron a morir, matando.

El momento ya era difícil. Los indios estaban ya dispuestos a dar el asalto, cuando llegaron las carretas y carros que mandaba Tom Doan, librando una encarnizada batalla, que por lo imprevisto del ataque, obligó

que nunca creyera hallarla en tan precipitada huída.

Hizo dar media vuelta a su caballo y le espoleó, saliendo raudo cual una centella tras del trozo de carreta en que se sosténía Milly. Lo alcanzó; hizo un prodigioso esfuerzo, cogió a la amada en sus brazos, todo sin dejar perder un momento el excitante galope de los caballos, y la levantó en vilo, sentándola en la silla de su prodigioso "Dandy".

—¿Otra vez, tú, digo usted, Tom? — dijo ella, asombrada.

—¡Sí, vida mía; soy yo! Pero esta vez para no dejarte ya más — exclamó mirándola amorosamente—. Vamos a Roca Negra, nos juntaremos a los Hudnall, con quienes quiero estés hasta que pueda cumplir mi deseo de llevarte a mis padres y al altar.

Ella cerró los ojos, y mientras el noble "Dandy" los conducía a Roca Negra, soñó, soñó lo que tantas veces soñara.

Cuando llegaron a Roca Negra, la mayor parte de los cazadores habíase reunido allí. Con las carretas y carros formaron todos una protección, desde donde podrían resistir perfectamente las embestidas de los comanches.

Tom buscó a los Hudnall por todas partes. Nadie le supo dar razón. Seguramente que no habían llegado.

Al poco tiempo regresó con el caballo jadeante el enviado que saliera para dar aviso

a los indios a declararse en franca retirada.

Poco duró, pues, esta segunda fase del combate, pudiendo apreciarse, desde luego, el gran acierto de las acciones del célebre caballista Tom Doan.

A los pocos días regresaban las caravanas todas, fundidas en una, a la factoría de Sprague.

Con grandes festejos celebróse una boda: la de la pareja más gallarda que se hallaba en la factoría, formada por Milly, la mujer más hermosa, y Tom Doan, el más guapo mozo.

Y unas semanas más tarde, en casa de los padres de Tom, recibían al hijo pródigo, que les traía como trofeo de sus correrías por el fantástico "El Dorado", la nuera más linda, más gentil y más buena que pudieran soñar...

FIN

**Próximo número:**

La chistosísima comedia

**CASADO Y CON SUEGRA**

por el mimado artista HAROLD LLOYD (ÉL)

ÉXITO DE RISA

Postal regalo: JOSEPH SCHILDKRAUT

**LA NOVELA FILM** sale todos los martes Precio 30 cénts.

Lea usted **EL COCHE NÚM. 13**

Ediciones Especiales de **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA**

Un formidable éxito  
está obteniendo el  
**NÚMERO ALMANAQUE**



DE

**La Novela Semanal Cinematográfica**  
con el que se regala un lujoso  
**ALBUM**  
para colecciónar las  
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica  
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

**I SI LO VE, LO COMPRARÁ !**